ANARTIA



Publicación del Museo de Biología de la Universidad del Zulia
ISSN 1315-642X (impresa) / ISSN 2665-0347 (digital)
DOI: 10.5281/zenodo.7951567 ***/ Anartia, 35 (diciembre 2022): 5-6***

Editorial



John M. Moody en el Mene de Inciarte, estado Zulia, Venezuela, 1999. Foto: Á. L. Viloria.

Deducimos que han transcurrido miles de millones de años desde la aparición de los primeros seres vivos, y esas cifras son cósmicas, como extraídas de un libro de Carl Sagan. Muchas personas mayores, con excepciones, comienzan a experimentar deficiencias de memoria, sobre todo en sus años dorados, cuando amenaza la posibilidad de la enfermedad de Alzheimer u otros trastornos igualmente peligrosos como la demencia senil. La vieja frase cotidiana, *recordar es vivir*, suele ser difícil, imprecisa y hasta incoherente para muchos, aún en etapas tempranas de la madurez adulta. Escribir sobre eventos de nuestro pasado es buen ejercicio mental y recomendable de hacer antes de que los recuerdos se confundan, se nublen y desaparezcan. En esta entrega 35 de *Anartia* hemos querido celebrar la vida y obra de un investigador de las formas vivientes en el pasado remoto, aquellas que dejaron rastro de su existencia en los fósiles. John M. Moody, Jr. es un recordado compañero, buen amigo, maestro de paleontología, quien formó parte del equipo de investigación del Museo de Biología de la Universidad del Zulia (MBLUZ) por poco más de una década. John, nacido en Dallas, Texas, es fundamentalmente un geólogo de profesión, paleontólogo y escritor por vocación. Su pasión por los fósiles lo hizo abnegado en la búsqueda y exploración de campo, y la experiencia que acumuló en su estudio lo convirtió en un especialista. Recorrió mucho terreno con potencial fosilífero en nuestro país, sobre todo en la región occidental.

Lo conocí en su casa de la zona norte de Maracaibo en 1990, cuando acudí a su invitación, con el ictiólogo Alfredo Pérez, mi compañero de estudios universitarios. Alfredo necesitaba indagar sobre ciertos aspectos geológicos del Lago de Maracaibo y usar la información en su tesis sobre biogeografía de peces. Esa tarde, John nos mostró su gabinete personal de fósiles, obsequiándonos con un café y con su amena conversación. Esta interesante colección fue donada al Museo de Biología de LUZ, años más tarde, después del retiro voluntario de JMM de la compañía Core Laboratories (Core Lab). En corto tiempo este

amable norteamericano pasó a ser investigador invitado de nuestra institución, y se dio a conocer impartiendo clases de paleontología en la Facultad Experimental de Ciencias. Estableció e hizo crecer la nueva Sección de Paleontología dentro del museo. John fue además de profesor, un motivador e impulsor del estudio de los fósiles, lo que condujo a que varios estudiantes de biología de esa época, dedicaran sus trabajos de grado al escrutinio del pasado geobiológico; entre ellos podríamos nombrar a Isabel Olivares, Ascanio Rincón y Rita Rivera.

Durante el tiempo que John permaneció en Venezuela después de 1990, siempre estuvo ligado al museo, a la colección que curaba, a la investigación y a la exploración de campo. Su experiencia museística en Maracaibo fue muy intensa. Fuimos sus compañeros y colaboradores en primera línea en excursiones a sitios singulares con yacimientos principalmente del Devónico, el Jurásico, el Cretácico, y el Pleistoceno. Aprendimos mucho de sus métodos meticulosos y de su admirable paciencia para la correcta extracción y limpieza de fragmentos de fósiles, desde insectos hasta grandes huesos de mamíferos, algunas veces inmersos en petróleo o alquitrán, otras en duras matrices rocosas. John también publicó parte de sus hallazgos paleontológicos en revistas científicas y ayudó al impulso temprano de *Anartia*, reportando en su tercer número el descubrimiento de restos de un ictiosaurio (reptil marino) del Cretácico de la Sierra de Perijá, y formando parte de su comité editorial. Invitó a nuestra universidad a paleontólogos de Gran Bretaña, Australia, Estados Unidos de América y Brasil y estableció las conexiones con especialistas vinculados al Museo de Rancho la Brea en Los Ángeles (EEUU), cuando durante varios años estuvo dedicado a descubrir y excavar los tesoros fosilizados en los lagos de asfalto del estado Zulia, llamados localmente menes. Se le debe a John, a su recordada esposa Belkis y a los entonces estudiantes Ascanio Rincón y Víctor Hugo Gutiérrez la recuperación y el traslado en 1991 de una muestra matriz de roca del Jurásico de La Grita en el estado Táchira, de la cual se extrajo el material tipo para describir al primer dinosaurio conocido de Venezuela; y fue gracias a su empeño que un grupo del MBLUZ participó en una exitosa expedición paleontológica al páramo de Cerro Pintado en la Sierra de Perijá, con recursos logísticos del Ejército y la Fuerza Aérea de Venezuela.

La actividad académica de John, sus gestiones y conexiones externas permitieron que un grupo significativo de investigadores de la diversidad biológica establecidos en instituciones de Maracaibo y Caracas asistiera a un memorable taller de trabajo sobre el Pleistoceno de Venezuela en la Facultad de Geociencias y Museo de Historia Natural de la Universidad de Texas, en Austin. John regresó a su país de origen hace más de 20 años y desde entonces ha invertido parte de su vida en escribir novelas. Es grato para nosotros dedicarle este corto recuento y presentar la revista, desde su portada, con un artículo sobre una especie de mamífero acorazado que compartiera escenario ecológico con los primeros humanos que poblaron la tierra venezolana.

Por su importancia histórica para el MBLUZ también se reseña especialmente en este número de *Anartia* el libro *Different lives in one*, colección de recuerdos personales de John M. Moody, con los que el autor estructura una auténtica autobiografía. Igualmente favorecemos la historia de la zoología en MBLUZ con la publicación del catálogo del material tipo de anfibios y reptiles albergado en su colección. Otros artículos en esta edición tratan sobre ranas centrolénidas, ecología de pequeños lagartos y la anidación del cocodrilo americano en el occidente de Venezuela.

Con mención respetuosa queremos honrar también la memoria de tres científicos venezolanos recientemente fallecidos: Carlos Rivero-Blanco (1942-2021), Rafael Martínez Escarbassiere (1929-2022) y Delia Rada de Martínez (1940-2023), quienes en vida destacaron como docentes universitarios, divulgadores y conservacionistas de la naturaleza venezolana, pero principalmente como investigadores en zoología tropical. Invitamos y motivamos a sus colegas y discípulos a escribir sobre sus trayectorias y legados, para dejar debido testimonio en concordancia con la tradición que empieza a establecer esta revista.

Una vez más ofrecemos sinceros gestos de gratitud a quienes nos ayudan en la producción de *Anartia*: el equipo editorial, los autores, los revisores y los benefactores, las amigas de Ediciones Astro Data S.A., en Maracaibo, donde la revista adquiere formato e imagen. Nada sería posible sin su comprometido acompañamiento. Esperamos seguir dando difusión y visibilidad a los descubrimientos y estudios novedosos en las ciencias naturales, privilegiando la zoología y la paleontología de Venezuela y el mundo.

Tito R. Barros